
APOSTASÍA.

Impossibile est enim eos, qui semel sunt illuminati,.... et prolapsi sunt, rursus renovari ad penitentiam.

Es moralmente imposible, que aquellos que han sido una vez iluminados,.... y que despues han caido en apostasia, sean renovados por la penitencia.

(Hebr. vi, 4 y 6.)

Entendemos por *apostasia* el crimen del que abandona la verdadera religion para abrazar otra falsa. En otros tiempos se habria tenido por una ridiculez ó extravagancia, manifestaros, desde este santo lugar, cuan funestas son las consecuencias de la apostasia; pero como en nuestros dias se propagan errores muy graves, que han descompuesto, digámoslo así, el mundo religioso, y tras esta descomposicion, que afecta en gran manera al orden moral, ha venido la anarquía de las ideas, bueno será examinarlas, á fin de que, concibiendo un temor saludable, sepais preservaros para siempre de incurrir en este crimen, y se arraiguen vuestras convicciones en la feliz sencillez de la fe.

Si el apóstata, haciendo traicion á su conciencia, pudiese, al ménos, realizar esa quimera de felicidad, tras la cual corre con empeño, y renunciando á la dicha eterna, pudiese disfrutar paz y alegria durante la corta existencia á que limita sus deseos, no nos sorprenderia tanto su insensatez al ver, que en la felicidad presente y pasajera de que gozaria tiene una indemnizacion, si bien insignificante, de la pérdida de unos bienes mas duraderos y preciosos que sacrificaba; pero si todo el fruto de su desatentada y sacrilega osadía consiste, en pasar por una vida triste y angustiosa á la desesperacion eterna, ¿dónde hallaremos expresiones bastante enérgicas, para describir el horror de semejante destino, y asaz patéticas para deplorar digna-

008535

mente tan grande exceso de miseria? Lo ignoro, oyentes; pero voy á hacer un esfuerzo por conseguirlo y por enternecer, si alguno hay entre nosotros, al que se encuentre en tan lamentable estado, poniéndole de manifiesto todo el colmo de su desgracia. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los profetas anunciaron á Jesucristo, no como Salvador de algunos hombres ó de un pueblo solamente, sino como el deseado de todas las naciones y la esperanza de todos los hombres. La obra de la redencion no se limitaba á santificar una parte de los desventurados descendientes de Adán, sino á formar de todos ellos un solo rebaño, cuyo único pastor seria Jesucristo. En la cima del Calvario tomó posesion de su reino universal, y desde la cruz lo ha dominado todo. Por esto al anunciar Jesucristo su doctrina, la presentaba siempre como una religion absoluta y universal, sin limitaciones de lugar ni de tiempo. Jesucristo se titula Salvador del mundo, y no lo seria realmente, si no debia librar de la maldicion del pecado á toda criatura, restablecer entre Dios y el género humano las relaciones que fueron interrumpidas por la culpa, y facilitar á todos los hombres, en todas partes y tiempos, los medios de conseguir la vida eterna. Jesucristo, para salvar á los hombres hizo uso del poder de su palabra, del poder de su virtud, y del poder de su autoridad suprema. Con su palabra instruía; con su virtud perdonaba los pecados; con su autoridad mandaba y sometia. Cuando el Salvador subió á los cielos, fué preciso, para dar un carácter de perpetuidad á su obra, que dejase en el mundo una palabra verdadera é infalible, como la suya; una virtud omnipotente, que pudiese en todos tiempos y lugares perdonar los pecados y santificar las almas, y una autoridad que, como la suya, tuviese derecho á que todos la respetasen. Para esto era necesaria una Iglesia, y Jesucristo la fundó.

En el antiguo testamento, que vino á cumplir y perfeccionar, encontró el modelo de su organizacion; y apropió la gerarquía y las formas á la libre y espiritual constitucion de la nueva sociedad. Jesucristo habia unido en su persona todos los poderes del antiguo pontificado en sus relaciones con la doctrina, la liturgia y el gobierno; y al retirarse de este mundo para volver al lado de su Padre, trasmite estos tres poderes á sus apóstoles, constituyéndolos ministros de su sacerdocio, comunicándoles la potestad de perdonar y retener los pecados, y mandándoles, que instruyesen á todos los hombres. Id, les dice, por todo el mundo: predicad el Evangelio á todas las criaturas. El que creyere se salvará; pero el que no creyere será conde-

nado: *Euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omni creaturæ; qui crediderit, salvus erit; qui vero non crediderit, condemnabitur.* MARC. XVI, 15. Jesucristo, pues, funda una Iglesia, es decir, un magisterio público, para anunciar y explicar el Evangelio y la fe á todas las naciones. *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis*, les dice tambien: *et quorum retinueritis, retenta sunt.* JOAN. XX, 25. Quedan perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonáreis; y quedan retenidos á los que se los retuviereis. Por último, les dice: Así como mi Padre me ha enviado, os envío yo: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* JOAN. XX, 21. El que os escucha á vosotros, me escucha á mí; y el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia: *Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit.* LUC. X, 16. Tenemos, pues, una Iglesia con poder suficiente para perdonar los pecados, con autoridad para mandar á los hombres, con la mision de enseñar á todas las gentes. Por lo mismo que la Iglesia habia de ser universal, era preciso que fuese única: y como para conservar esta unidad era necesario un lazo exterior, que la robusteciese, Jesucristo creó un primado de honor y de jurisdiccion, de que hizo depositario á S. Pedro. Tú eres Pedro, le dijo, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: yo te daré las llaves del reino de los cielos. MATTH. XIX, 28.

Diez dias despues de la Ascension del Señor retumbó en los espacios un fragor extraordinario; era que el Espíritu Santo descendia sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego, símbolo del fuego divino que los purificaba, y del don de lenguas que se les concedia, para que todos los oyesen y nadie pudiera excusarse de prestarles obediencia. Así quedó exteriormente establecida y confirmada para siempre la Iglesia de Jesucristo. Créase un nuevo orden de cosas; establécese el reino de Dios; alumbra á los hombres la luz de la Iglesia; el que le preste oido, se salvará; el que cierre los oidos y el corazon á sus lecciones y se empeñe en no dejarse guiar sino por sus propias luces, será eternamente desgraciado.

2. Ahora bien; el apóstata está fuera de la Iglesia: se le debe mirar como un gentil y un publicano, segun el precepto de Jesucristo. MATTH. XVIII, 17. ¿Puede concebirse un estado mas deplorable? ¿Cómo podrá conocer las verdades mas interesantes? Para poseer la ciencia de la salvacion no se conciben mas que dos medios: el trabajo individual y la autoridad doctrinal. Nadie se atreverá, sin duda, á decir con formalidad, que el trabajo individual es bastante para descubrir la verdad religiosa, en la cual tantos misterios se esconden:

cuando la razon no bastase para contradecir al que se atreviese á decir esto, la experiencia le cerraria la boca. Nada ha descubierto el ingenio humano en punto á religion; sobre este particular fueron estériles los estudios de los principales talentos de la antigüedad. El apóstata, pues, que abjura la religion, ha de ser víctima de sus propias aberraciones; no conocerá esas verdades fundamentales, que comprenden el armónico conjunto del cielo y de la tierra, que fijan todos los derechos y todos los deberes, y que son para la inteligencia humana, lo que el sol en medio del firmamento. Para satisfacer su primera necesidad, tiene precision de estar enterado de las verdades religiosas, de las cuales será imposible que tenga la menor idea sino por medio de la Iglesia, de la que se ha separado por su propia voluntad.

El apóstata tampoco puede confiar en el perdon de los pecados. ¡Desdichado! Por no domar y refrenar las pasiones como nos manda la Iglesia, el apóstata se aparta de esta institucion augusta, fuera de la cual no podemos salvarnos; y desde luego, su corazon es víctima de su mas cruel enemigo, el remordimiento. ¿Necesito acaso describir el horror de este suplicio, que lleva consigo el apóstata, cuando conviene unánime en ello todo el género humano; cuando los pueblos bárbaros y las naciones civilizadas, los escritores del paganismo, no ménos que los escritores sagrados, hablan en este punto un mismo lenguaje; cuando los poetas mismos nos escriben el remordimiento bajo la figura de un buitres, que devora las entrañas del culpable, como una furia, que, armada de azotes y otros instrumentos, persigue por todas partes á su víctima; cuando mas de una vez ciertos hombres criminales, cediendo á la fuerza de este tormento interior, se han presentado espontáneamente á la justicia, implorando como una gracia todo el rigor de las leyes, y entregándose en manos del verdugo para calmar el terror de su conciencia? Para el fiel que conserva su fe y permanece en la Iglesia, el remordimiento puede ser una gracia y un medio de salvarse; porque excitando en su corazon un temor saludable, le prepara para el arrepentimiento, y sucesivamente para el perdon de su crimen. De este modo se realiza con frecuencia la conversion de muchas almas. Pero el remordimiento del apóstata es un remordimiento desesperado, el remordimiento de los réprobos y de los demonios; el gusano que no muere, y que roe sin tregua por toda una eternidad.

Con efecto; para arrancar de su seno este gusano roedor y darle muerte, solo resta al apóstata un medio, y es el de reconciliarse con la Iglesia, confesar sus pecados, pedir su perdon, postrándose á los

piés de aquellos á quienes dijo Jesucristo: Quedarán perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonáreis. Pero ¿será fácil que el apóstata se resuelva á reconciliarse con la verdadera religion, si al propio tiempo desea satisfacer los malos instintos de que es víctima? Tal vez procurará evitar la vista de objetos que exciten remordimientos en su alma; tal vez procurará retraerse de los templos, de los altares, de los ministros sagrados y demás personas consagradas á Dios; pero ¿cómo podrá huir de Dios, que está en todas partes, en su mismo corazon, en su misma conciencia, donde ha constituido su tribunal? ¿Luchará acaso contra los remordimientos, apurando el catálogo de las blasfemias? ¡Desgraciado! Tambien los réprobos blasfeman constantemente, y, sin embargo, sus tormentos en vez de calmarse toman creces.

5. En fin, el apóstata ni puede encontrar consuelo en las penalidades ordinarias é inevitables de la vida, ni recurso alguno contra la desesperacion en los males extraordinarios y en los grandes infortunios. Con abandonar la verdadera religion, el apóstata no adquiere privilegio alguno que le exceptue de los accidentes comunes, de los pesares y padecimientos del mundo presente; lo propio que los que permanecen fieles á la religion, está expuesto á toda clase de reve-ses, á la pérdida de sus amigos y parientes, á las dolencias, enfermedades y á la muerte. Sin embargo, ¡qué diferencia media entre ambos, respecto á los consuelos que cada uno experimenta en los sentimientos y en las doctrinas que profesa! El fiel, por lo mismo que no cifra su felicidad en esta vida miserable y transitoria, que mira como un tiempo de prueba, en el cual algunos sacrificios y penalidades momentáneas pueden valerle la adquisicion de bienes eternos, considera los males que experimenta, como otros tantos beneficios de la paternal providencia que le proporciona los medios de expiar sus pecados y merecer el premio eterno á que aspira. Animado con la idea, de que estos saludables rigores, al par que purifican su alma de las mas leves manchas, hácenla cada vez mas agradable al Señor, llega á deseárselos como un medio de sufrir algun contratiempo, en cambio de lo mucho que sufrió por nosotros el Salvador á quien adora y en quien depositara toda su confianza. ¡Cuántas veces el entusiasmo de su caridad y de su fe hace trocar en gozo sus mismas aflicciones, y convierte sus gemidos en acciones de gracias! Empero, ¿qué será del apóstata, que ha abandonado la fuente de estos consuelos, cuando un revés imprevisto derrumba su fortuna, cuando en vez de la gloria por la que suspira, encuéntrase con la humillacion y la ignominia, cuando tendido en el lecho de dolor por

la vejez ó la enfermedad, solo experimenta los efectos de la languidez y de la tristeza, solo sufre tormentos y pesadumbres, y no espera mas que privaciones crueles y padecimientos excesivos? El infeliz ha perdido lo que mas amaba su corazon, lo que prefirió á su conciencia, á su eternidad; en un instante, se ve despojado del fruto de sus cuidados, y, acaso, de sus crímenes; se han convertido en ilusiones sus mas agradables esperanzas; toda su felicidad se ha desvanecido como un sueño, sin dejarle mas que el recuerdo de una prosperidad que ya no existe, junto con el sentimiento incisivo del mal presente, y el horrible temor de un porvenir mucho mas espantoso. Al recordar que abandonó la religion por fútiles bienes de la tierra, y que la cólera de un Dios justo empieza á vengarse de su apostasia, su desesperacion llegará á su colmo. No hay expresiones suficientes para describir las negras ideas que en tan horrible situacion preocuparán su espíritu, el profundo desconuelo de su corazon, los presentimientos fatídicos de su alma próxima á hundirse en los abismos eternos.

Sin embargo, no he descrito mas que el cuadro de las penalidades mas comunes de la vida: acontecen, empero, á veces desgracias extraordinarias, catástrofes cuya sola idea hace estremecer, percan-ces á los que todos estamos sujetos, y de los cuales no hay medio humano de preservarse en ciertas circunstancias en que place á Dios permitirlos. Las revoluciones ofrecen frecuentes y memorables ejemplos de esta verdad. ¿Necesita acaso la generacion presente, que nos detengamos en demostrar, que el grande, el rico, el poderoso, pueden pasar en un momento desde su encumbrada posicion al fondo de un oscuro calabozo; que el bueno, no ménos que el malo, pueden espirar en el suplicio; que el hombre religioso, lo propio que el apóstata, pueden enrojecer con su sangre el mismo cadalso? En tan terribles crisis, la humilde sumision á las respetables disposiciones de Dios, el recuerdo de Jesucristo, de sus humillaciones y padecimientos, la confianza en la gloria eterna, prestan al justo, al fiel, una constancia superior á todos los ultrajes y á todo género de sacrificios.

Pero el apóstata, ¿qué alivio encontrará en situacion tan terrible? Si se ve oprimido por la fuerza, si un enemigo victorioso le abate con su poder, le oprime y le conduce acaso á una muerte afrentosa, le colma de ignominias, y le priva de todo auxilio humano, ¿quién le consolará en su desesperacion? ¿Atreveráse á levantar sus ojos al cielo, dó habita el Dios de quien blasfemára, y cuya sola idea le llena de terror? ¿Invocará en su auxilio los bienes y placeres que ha perdido, y por los cuales abandonó la verdadera fe? El único

recurso que puede y suele ofrecer el genio de la irreligion, que le hizo abandonar la Iglesia, es un acto de desesperacion consumada. La irreligion promete á los mortales una felicidad quimérica en los deleites y bienes de la tierra, y cuando los ve en el estado mas lastimoso, les presenta el puñal ó el veneno, y con irónica sonrisa les dice: escoged; ninguna esperanza os queda: todas vuestras ilusiones se han desvanecido; tocando estais al borde del abismo; daos la muerte sin escrúpulo, yo os lo permito; cuando mis lecciones han conducido á mis discípulos al mas deplorable estado, les descubro este último secreto, y les invito á preservarse de los males de la vida, refugiándose en los infiernos por medio del suicidio.

¡Dios mio! no permitais que ninguno de mis oyentes abandone la fe que nos consuela en este mundo, y nos conduce como por la mano al lugar de la felicidad eterna. Haced, por el contrario, que la miren como el tesoro mas precioso, que escuchen siempre su voz, que obren conforme á sus preceptos, para que les proporcione consuelos reales en la vida presente, y despues los goces únicos que duran por toda la eternidad. Amen.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Hay una apostasia que consiste en abandonar la religion verdadera para abrazar otra falsa; y otra apostasia, no ménos fatal que la primera, dice el Crisóstomo, que consiste en abandonar la ley de Dios. Para asegurar nuestra salvacion, guardémonos: 1.º de apostatar de la fe divina: 2.º, de apostatar de la ley divina.

I. El hombre sin la fe no puede salvarse: el apóstata de la verdadera religion pierde la fe, niega á Dios su veracidad, y la atribuye á un seductor. ¿Cómo podrá salvarse?

II. Para la salvacion son necesarias las buenas obras, fruto de la ley divina: pero el que abandona la ley divina, abandona, por lo mismo, las obras que habian de salvarle. Ademas, hace una horrenda injuria á Dios, prefiriendo el yugo pesado del demonio al suyo, que es tan suave.

II.

El apóstata es el hombre mas desgraciado: 1.º, en vida: 2.º, en muerte.

I. Por enormes que sean los pecados del hombre, si conserva la fe, siempre le queda alguna esperanza de alcanzar el perdón, y esta esperanza va acompañada de cierto principio de amor ó caridad. Mas el apóstata, por lo mismo que abandona la fe, se ve abandonado de toda esperanza y de toda caridad; y sin estas virtudes la vida es horrible.

¿Qué es lo que suaviza nuestras angustias en la hora de la muerte? La esperanza en la misericordia de Dios. Esta esperanza no la tiene ni puede tenerla el apóstata, porque solo se salva el que persevera fiel hasta la muerte; por consiguiente, en aquella hora no le queda mas que la desesperación.

PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Salva animam tuam: noli respicere post tergum: nec stes in omni circa regione, sed in monte salvum te fac, ne et tu simul pereas: GEN. XIX, 17.

Quare dereliquimus domum Dei? ESDR. XIII, 11.

Homo apostata vir inutilis, graditur ore perverso, annuit oculis, terit pede, digito loquitur, pravo corde machinatur malum, et omni tempore jurgia seminat. PROV. VI, 12.

Reversi sunt, ut essent absque jugo: facti sunt quasi arcus dolosus. OSEÆ VII, 16.

Visitabo.... super omnes, qui induti sunt veste peregrina. SOPHON. I, 8.

Mirror, quod sic tam cito transferimini ab eo, qui vos vocavit in gratiam Christi. GALAT. I, 6.

Memor esto itaque unde excideris, et age penitentiam, et prima

Salva tu vida: no mires hácia atrás, ni te pares en toda la region circunvecina; sino ponte á salvo en el monte, no sea que tú perezcas juntamente con ellos.

¿Por qué hemos abandonado el templo de Dios?

El hombre apóstata es un hombre perniciosísimo, no habla mas que iniquidades, guiña los ojos, hace señas con el pié, habla con los dedos, maquina el mal en su depravado corazón y en todo tiempo siembra discordias.

Quisieron volver á vivir sin el yugo de mi ley; asemejáronse á un arco falso.

Yo castigaré, dice Dios.... á cuantos visten y viven como los extranjeros.

Me maravillo como así tan de ligero abandonais al que os llamó á la gracia de Jesucristo.

Por tanto, acuérdate del estado de donde has decaído, y arrepién-

opera fac: sin autem, venio tibi.

APOCAL. II, 5.

tate, y vuelve á la práctica de las primeras obras, porque si no, voy á tí.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Consúltense los libros 3.º y 4.º de los Reyes, Esdras, Tobías y Ester, en los cuales se hallan repetidos testimonios de que el pueblo de Israel apostató de la ley divina, y se describen los penosos y largos cautiverios con que Dios le afligió.

La parábola del hombre que en el camino de Jericó cayó en poder de los salteadores, es una imágen muy expresiva de las desgracias espirituales, que experimentan los infelices que abandonan la religion y vuelven al siglo. Luc. x.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Nimis perverse seipsum amat, qui et alios vult errare, ut error suus lateat. AUG. EPÍST. I, ad Marcellum.

Diligendi sunt homines, ut eorum non diligentur errores. AUG. IN QUAD. EPÍST.

Nonnullis errare profuit aliquando, sed in via pedum, non in via morum. IDEM IBID.

Noli intelligere ut credas, sed crede ut intelligas; intellectus merces fidei est. AUG. SUP. JOANN.

Non fidei sed perfidiæ, non confidentiæ sed diffidentiæ est, in semetipso habere fiduciam. BERNARD. SERM. XII.

Sicut semper discere signum est nunquam posse perficere, sic testimonium semper querere, signum est nunquam velle credere. CHRYS. SUP. ILLUD. MATTH. XII.

Es una amistad perversa la de aquellos que procuran que otros yerren, para ocultar mas fácilmente sus propios errores.

Debemos amar á los hombres de tal modo, que sepamos detestar sus errores.

A algunos podrá haberles sido útil alguna vez equivocarse, andando por un camino material, pero no en la senda de las costumbres.

No pretendas comprender lo que has de creer, sino créelo para comprenderlo, porque la inteligencia es el premio de la fe.

Confiar uno en sí propio no es fe sino perfidia, no es confianza, sino desconfianza.

Así como la necesidad de estudiar es siempre señal de que no podemos conseguir la perfecta sabiduría, así la pretension de buscar en todo demostraciones cla-

Volumus à te signum videre. ras, es señal de resistirse á creer.
Similis est natura infidelitatis La infidelidad es muy parecida
terre arenosæ, quia quantum- á la tierra arenosa, que por mu-
cumque pluviam susceperit non cho que se riegue nunca da frutos.
fructificat. CHRYS. IN MATTH. XII.

Véase: INCREDELIDAD.

APOSTOLADO DE LOS FIELES.

Elige tibi viros, et vade, et libera fratres tuos.

Escoge un cuerpo de tropa, y vé á librar á tus hermanos.

(I Machab. v, 17.)

Hermanos míos, este texto os revela ya todo mi pensamiento. Nuestro Señor Jesucristo habia enviado al sacerdote con su nombre, con su cruz, con su corazon, en busca de las almas oprimidas por el pecado para darles libertad; pero tambien le dijo: no irás solo; yo voy contigo, y contigo irán todos los míos. Como tendrás en tu favor los auxilios del cielo, te darán apoyo en la tierra; y para la santa cruzada de la salvacion se formará, pues, digámoslo así, una alianza de la caridad cristiana con la misericordia divina. Escoge pues hombres de corazon.

¡Y es cierto, hermanos míos, que el mismo cielo os ha escogido! ¿No sois vosotros, cristianos, los escogidos del mundo? ¿No es el cristiano en la tierra el apóstol del mundo? ¿No es el cristiano el auxiliar del sacerdote, como el sacerdote es el cooperador de Dios? Pues bien, ha llegado la hora, amados oyentes, ya que se acerca el tiempo de la gran misericordia. Venid, pues, vamos todos juntos, *vade*, y salvemos á nuestros hermanos, *et libera fratres tuos*.

¡Ay! nada podemos sin Dios; pero podemos poquísimo sin vosotros: en la union está la fuerza, nos dice el Evangelio, así en el cielo como en la tierra. Cuando os decimos: venid, *vade*, hermanos míos, tal vez nos preguntais: ¿Por qué? y al decir: salvad á vuestros hermanos, nos preguntais quizá: ¿De qué modo? Vamos pues á responder á estas dos preguntas y á examinar en seguida la mision del cristiano en el mundo. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Sí, amados oyentes, todo cristiano tiene verdaderamente una mision en el mundo, y para hacéroslo comprender, voy á indicaros ahora mismo su punto de partida y su término. Su punto de partida es la fe, y su término la caridad. Ciertamente, que este pensamiento es muy admirable para concebido por un hombre. Fué su autor el grande Apóstol, que lo escribió por inspiracion de Dios: «Sois hombres de fe, sed pues hombres de caridad.» En efecto, carísimos hermanos, hay dos grandes hechos que son objeto de nuestra fe y los móviles de nuestro celo. El uno ya pasó, pero siempre está presente por su recuerdo y su eficacia; el otro, ¡ay! es ya presente, y su realidad será eterna. El primero es la cruz de un Dios, y el segundo el pecado del hombre.

Id, pues, os diré, cristianos, en nombre de un Dios crucificado: id vosotros, que habeis recibido la importante mision de convertir almas á Dios. ¡Ah! el espectáculo de la sangrienta cruz de la cual pendia Jesucristo, produjo en el cielo la satisfaccion de abrir sus puertas á las almas que esperaban la redencion, y en la tierra causó una conmocion profunda. Dejad que trascurren algunos dias, y vamos á vernos en la cumbre de la santa montaña, vamos á hincar las rodillas al pié de la cruz. Jesucristo está pendiente entre el cielo y la tierra; el cielo está enojado, sombrío y amenazador; la tierra culpable se ve agobiada bajo el peso de sus crímenes y los rayos del anatema divino, y entónces el Dios salvador se interpone entre su Padre y los culpables: «Perdónales, dice, pues no saben lo que hacen. Son pecadores, pero yo soy tu Hijo: tomo sobre mí sus culpas, y les dispense mis méritos.» Y la ofrenda es aceptada, y el Hijo atrae sobre sí todas las culpas, y nos ampara y protege. ¡Ah! vedle herido de muerte, ya no tiene mas que un soplo de vida, y aun exhala un gran grito: *Sitio!* tengo sed: la tendrá hasta la muerte, porque tiene sed de la salvacion de las almas! Luego despues, entrega su espíritu á su Padre eterno. Al pié de la cruz pudieran grabarse estas dos inscripciones: Así amó Dios á los hombres. Esto costaron á Dios las al-